

A retaguardia del campo del 1º de caballería de línea, sobre dos pequeñas eminencias del terreno, se mantuvo la reserva de esta avanzada, que la componía un cuerpo de infantería, como un fuerte escalón de combate para el caso en que tuviese el regimiento que retroceder ó ser apoyado.

En ese día le había tocado el turno de servicio al regimiento Rosario, del cual era jefe accidental el mayor don Genaro Racedo.

La descubierta ya había tenido lugar. Azcona retornaba de su feliz excursión, y por otros lugares los reconocimientos regresaban sin novedad de importancia; lo único que se había notado en un corral que existía allá detrás de la opuesta orilla del pantanoso Bellaco, en el campo enemigo, era que continuamente los soldados acudían á mudar caballos, y algún movimiento de camisetas rojas en el sombrío bosque que se elevaba orlando el estero frente á la vanguardia, lo que no llamó entonces la atención, porque se suponía que en ese paraje existían acampadas fuerzas del adversario en observación asídua de las del ejército aliado: amenaza constante que debió obligar desde el primer momento á un sólido servicio de seguridad, tanto por la continua exploración, como en los fuertes escalones que deberían en toda emergencia contener cualquier avance osado del general paraguayo.

El comandante Segovia, que era lo que se llama un soldado á toda prueba, experimentado en la larga prác-

tica de la guerra y endurecido en una existencia azarosa y sin descanso, sintió desde el primer momento la responsabilidad que asumía en un puesto tan delicado, y los peligros inminentes que entraña una avanzada descuidada de caballería sobre un terreno cubierto de bosques, y completamente desconocido para los recién llegados, porque había faltado el tiempo necesario para emplearlo en su exploración; fué entonces que este distinguido jefe tomó personalmente 25 hombres de la fuerza de la gran guardia y se lanzó á escudriñar los secretos topográficos de ese suelo sobre el cual apenas hacía veinticuatro horas que pisaba.

El oficial de la tropa que le acompañaba, sospechaba, con razón, que del otro lado del estero existía alguna fuerza reunida. Estas observaciones fueron transmitidas al comandante Segovia y al coronel Arredondo, que desde el día anterior estaba de jefe de día, y encontrábase allí con la Legión Iª de Voluntarios, que, cuando el movimiento de Azcona había sido destacado en protección.

En este momento se sintieron algunos disparos que el enemigo asestaba á un tránsito que apresuradamente pasaba el estero en dirección á nuestras fuerzas, hiriendo uno de esos proyectiles á un cabo de la legión.

Las sospechas se acentuaron con este incidente; más como después todo permaneció en silencio, y el adversario no se mostró más, se retiraron las tropas destacadas y todo entró en la más completa calma.

Al toque de asamblea se ejecutó el relevo de las grandes guardias, tocándole al capitán Uviedo la *Avanzada del Naranjito* y al capitán Vivier el servicio de campo del regimiento.

Había tal seguridad de pasar el día tranquilo, que fué desprendido el ayudante Meana, con 25 hombres, en procura del racionamiento, enviando otros soldados á la leña y á otros servicios.

El comandante Segovia, aunque aparentemente se manifestaba tranquilo, no confiaba en la vigilancia de nadie, porque su experiencia le indicaba que en un terreno arbolado y desconocido, las descubiertas deben ser continuamente repetidas á toda hora y en todo momento.

Atormentado con tenacidad por el escozor de la responsabilidad que sólo los que hemos tenido mandos superiores frente al enemigo lo conocemos, montó á caballo nuevamente, y acompañado por el coronel Esquivel, que había relevado al coronel Arredondo, y por los mayores Racedo y Giménez y los 25 hombres que habían ejecutado la descubierta en la mañana, volvió á recorrer prolijamente la orilla del Estero Bellaco, observando profundamente en la línea avanzada del enemigo aquel tupido y silencioso bosque tropical, que artero se levantaba allí como una cueva de emboscada.

Cuando esto sucedía era un momento antes del ataque de la vanguardia, y por una inspiración de sol-

dado precavido, hijo de la prevención del peligro, que en nuestro modo de ver, constituye el verdadero valor de la guerra, el mayor Maldonado subió sobre un tronco de palmera y dirigió su anteojo en dirección al campo adverso. ⁽¹⁾

No bien había lanzado la visual en el sentido indicado, cuando saltó del tronco gritando: « ¡ Los paraguayos! » y corrió rápido á tomar su caballo.

La alarma cundió veloz y los soldados se lanzaron atropelladamente á ensillar sus caballos, operación que la ejecutaron con la prontitud que nos da el peligro repentino.

Mientras tanto, regresaba á gran galope el comandante Segovia, que había ya visto al enemigo y tenido la previsión de ordenar al capitán Uviedo la retirada de la gran guardia. Era tal el estado de los caballos, que este oficial tuvo que ejecutar su retirada al trote; pero felizmente la operación obtuvo el éxito deseado, escapándose con tiempo de las picas de aquellos rudos jinetes paraguayos que no conocían la clemencia de la guerra.

Puede decirse muy bien que el regimiento se encontraba casi á pie: lamentable era el estado de las pobres bestias, y cualquiera al ver semejantes cabalgaduras hubiera tenido compasión del más bravo regi-

(1) La relación del señor coronel don Julián Martínez dice que Maldonado lo hizo subir á él á un árbol para observar al enemigo, y que como lo viera ya próximo, dió la alarma.

miento argentino, que un momento más tarde iba á probar hasta donde puede llegar en el hombre abnegado ese fanatismo del deber que domina el peligro, y avasalla su inmenso poder aterrador.

La situación de esa tropa se presentaba bien difícil: un soldado de caballería sin caballo, es lo mismo que un infante sin fusil. La caballería es un proyectil que sólo lo lanza el impulso del denuedo, esa pólvora heroica del corazón humano: en esta arma no existe la defensiva; ⁽¹⁾ todo se fía al coraje bárbaro de la carga, del rudo choque: la ofensiva con el ímpetu salvaje de una montaña que se desprende aplastando todo lo que cae bajo su peso, rodando sangrienta sobre hacina- mientos humanos.

Era preciso ser plaza del I^{er} Regimiento de Caballería de línea para no desmoralizarse: es verdad que á la cabeza de esos bravos veteranos se destacaban jefes y oficiales educados en una época de sacrificios y privaciones, aclimatados en esos combates en que cada uno ha producido un poema de bizarros hechos.

* * *

Como el propósito del comandante Díaz era caer por sorpresa, en un momento dado, sobre todas las

(1) Nos referimos al sistema general de combate del arma.

tropas de la vanguardia del ejército aliado, antes de iniciar el ataque anteriormente descrito, ⁽¹⁾ des- prendió al comandante Benítez con los regimientos de caballería 7^o y 13 y apoyados por una tropa de in- fantería que uno de los regimientos traía á la grupa, con el intento de sorprender las fuerzas avanzadas de los argentinos, guardando al mismo tiempo su flanco izquierdo y marchar después á reunirse con el grueso de la columna principal.

Esta tropa pertenecía, una parte á la fuerza de Díaz y la otra á la reserva.

Los dos regimientos, con grandes intervalos entre uno y otro, salvaron con retraso el Paso Carreta; se internaron con tiento en el palmar de la orilla del estero y costean- do el monte A ⁽²⁾ avanzaron por el terreno bajo que, bosquejando una cañada, se encuen- tra entre aquel punto y el grande arenal donde estaba situada nuestra avanzada, desmontando allí próximo á la infantería.

A propósito se presentaba el suelo estratégico para el objetivo táctico que el adversario tenía en vista, tanto que el capitán Uviedo, ⁽³⁾ sorprendido por este movimiento, en el primer instante hubiera caído en las

(1) A los brasileños y orientales.

(2) Bosque que se encontraba á la izquierda de la avanzada argentina.

(3) Jefe de la avanzada.

potentes garras de sus adversarios á no haberlo hecho retirar precipitadamente el comandante Segovia.

Felizmente, parece que el contrario en aquellas críticas circunstancias no venía muy bien orientado, ó sigiloso esperaba oír la señal que anunciaría el ataque por la izquierda ⁽¹⁾ con el objeto de hacer estallar simultáneamente la sorpresa. Esta no se hizo esperar proclamando fugazmente el cañón del dictador una nueva y sangrienta aventura, insensata manifestación de un orgullo herido.

Este retardo en su avance, de cualquier modo calculado, dió tiempo á que los escuadrones ensillaran la mayor parte de sus caballos y entraran en una línea irregular con la precipitación nerviosa del soldado, pero siendo su formación entorpecida por los troncos de palmas que poblaban ese lugar y los obstáculos que presentaba el propio campo donde estaban en pie todas las tiendas, y notándose, por otra parte, que el flanco derecho del regimiento en esa situación se encontraba en el aire, pues el intento del enemigo, que aparecía allá á lo lejos, era envolver ese costado, se preparó á una maniobra rápida, que en su mente el coronel Segovia juzgaba salvadora, única que creía que podía detener con igual ímpetu la roja avalancha que se le venía encima, aumentando gradualmente de volumen, como esas trombas silenciosas que avanzan agi-

(1) Contra los brasileños y orientales.

gantándose y sólo estallan en su furor meteórico cuando envuelven á la masa que van á hacer añicos.

El regimiento paraguayo, en rigurosa formación, taciturno, solemne, de una sola pieza, ganaba terreno acortando cada vez más la distancia.

Entonces fué cuando el sargento Pedro Utrul, el Rigoletto del vivac, aquel bravo soldado que hacía reír en el descanso y temblar en la pelea, recuerda con las palpitations del patriotismo, con la suprema desesperación del deber, que los estandartes de los escuadrones están guardados en la tienda del comandante Segovia: angustiosos los momentos vuelan: no hay tiempo para enarbolarlos: luminosa inspiración le asalta: pica espuelas al caballo y con el escuálido encuentro del paciente matalón derriba la carpa de su jefe haciendo caer la tela sobre las petacas donde estaban encerradas las sagradas enseñas. ⁽¹⁾

Mientras tanto, Segovia, ante el peligro inminente comprendió su misión abnegada, y su alma tranquila se levantó arrogante ante la idea del sacrificio que era necesario cumplir con realce, para dar el tiempo necesario al ejército á aperebirse á la lucha, y á la Historia una página de gloria argentina, no cabalgando arrogantes y briosos corceles de cabeza altiva y jarretes de acero, que piafan impacientes al retumbo del cañón,

(1) Más tarde este bravo fué muerto por una bala argentina en Santa Rosa. ¡Maldita guerra civil!

sino en escuálidos jamelgos dignos del héroe manchego, de aquel loco ilustre, cuya espléndida figura no tiene parangón; porque una alma tan noble y desprendida no cuadra bien en el cuerdo egoísmo del corazón humano.

Ese regimiento á vanguardia como el primer escalón de sacrificio, que apenas presenta doscientas cincuenta plazas, solo como el león al que le tienden una emboscada, casi sorprendido, mal montado, va á luchar contra fuerzas más numerosas, que alcanzan casi al doble de su efectivo, y presenciaremos con la admiración de los combates la más bizarra escena de ese día.

Silenciosamente continúa el avance el enemigo, ya bosquejando con cautela el táctico movimiento.

Segovia abarca de una mirada su situación terrible, y con aquella voz estentórea que errumpía de su robusto pecho, como eco del estallido, con esa voz que atraviesa vibrante el silencio conmovedor de esa crítica hora y derrama con una satisfacción inmensa en el alma conmovida del soldado el alerta del deber, ordena un cambio de frente á retaguardia sobre el I^{er} escuadrón, retirando la izquierda.

Esta maniobra audaz y peligrosa tenía por objeto desenganchar el flanco derecho amenazado y salir del terreno lleno de obstáculos.

Como se comprende, en tales circunstancias debióse ejecutar este movimiento al galope, y de no hacerlo

así, retirarse sobre la infantería que estaba próxima, pero la extenuación de los caballos amortiguó su celeridad; y como la fatalidad entra en todo como la más perniciosa de las entrometidas, el bravo capitán Berón que era el jefe del 3^{er} escuadrón que constituía la izquierda del regimiento, no habiendo oído bien lo que se ordenaba, funestamente, equivocó la maniobra y mandó desfilar por el flanco derecho para entrar á la nueva formación; cuando el capitán Kleine, que lo era de la 2^a compañía de ese escuadrón, le hizo notar el error, ya era tarde: el enemigo estaba encima. (1)

Próximo ya uno de los regimientos paraguayos, atruena el espacio con un prolongado alarido, al mismo tiempo que prorrumpe en una descarga intermitente, arrojando mal dirigida una rociada de plomo sobre nuestros bravos, y en seguida enarbolando los filosos sables en tumulto se arroja intrépido sobre el I^{er} escuadrón (2) que formaba el eje del movimiento, único que había completado la maniobra. Su comandante, el bravo mayor López, previene á tiempo el ataque, y oponiendo el choque contra el choque, arremete á fondo sobre el contendor con tal ímpetu que aquel no puede resistir el violento empuje y da vuelta la espalda, siendo acuchillado con encarnizamiento y lanzado fuera del campo de la lid; pero mientras esto sucedía, otros escalones paraguayos sorprenden en el instante que concluían

(1) Relación del comandante Kleine, hoy en el E. M. General del Ejército, y uno de los actores distinguidos de este combate.

(2) Relación del comandante Kleine, coronel Uriburu y coronel Meana. El I^{er} escuadrón era formado por los flanqueadores.

la maniobra á los dos escuadrones argentinos y se produce el desorden.

Entonces tiene lugar una de esas pintorescas escenas militares que muy rara vez surgen en los combates, de un colorido tan heroico, que más parece una hermosa tela de batalla que un hecho real: se ve un reñido entrevero enardecido con el frenesí de la lucha, el que solo había sido precedido por los primeros disparos, envuelto en el silencio de los paraguayos y la algazara de nuestros soldados que acompañan el golpe con la amenaza, salpicando de ternos de toda especie ese momento solemne, como para indicar que jamás les abandona al borde del abismo de la muerte su sangre fría legendaria, ni su brutal ironía, que es el sarcasmo sangriento de la altivez y la más característica manifestación del desprecio del gaucho argentino.

La lanza y el sable empezaron su obra, escintilando reflejos luminosos que hieren de lejos la vista. Nuestros soldados mezclados con los paraguayos, perseguían tenaces con arma certera y eran al mismo tiempo perseguidos casi sin éxito. En esta circunstancia la pelea se presenta más individual que colectiva; en vez de la lucha táctica de dos grandes unidades de combate, más parecía una liza de caballeros en campo cerrado que brutalmente se hieren sin idea fija: se peleaba *de lo lindo*, desesperadamente; se jugaba la partida de la vida. Aquello había transformádose en una lucha confusa, donde los argentinos llevaban la

mejor parte por su reconocida experiencia y destreza, tanto en el arte de las refriegas, como en el manejo del caballo. Se veía, por ejemplo, que cinco ó seis paraguayos arremetían contra un soldado nuestro y no se desprendían de esa infeliz víctima hasta que caía exánime, agobiada por los repetidos lanzazos ó golpes de sable, mientras que nuestros jinetes se limitaban solamente á poner fuera de combate á sus contendientes, pasando rápidamente de uno á otro, *cantando el golpe*, sin perder un tiempo precioso que prodigaban inútilmente sus adversarios ensañándose hasta ultimar á un enemigo derribado, el que de un solo bote de lanza habría quedado inutilizado, de modo que lo que ejecutaban varios paraguayos lo hacía un argentino, no porque fueran aquellos menos valientes, no, sino porque no entendían la guerra y perdían así momentos solemnes que eran aprovechados con ventaja por nuestros soldados.

Por otra parte, los paraguayos se encontraban embarazados con sus grandes sables, que más que sables parecían garrotes en manos de un inexperto; tardos en sus movimientos, se mostraban torpes en el manejo del arma, tanto por su alta y escuálida estatura sin vigor, como por la ausencia de esa agilidad tan necesaria en el buen jinete, por consecuencia, los resultados eran palpables; con coraje y número eran inferiores, por no saber aprovechar estas ventajas en favor de la victoria que tan valerosamente disputaban.

En todo demostrábanse tan pesados como sus brutos redomones que habían cambiado sus torpes bríos por

la resignación de la fatiga; resistían insensibles, como cloroformados, á los bárbaros golpes de las grandes púas de las espuelas nazarenas, con las que en vano querían imprimirles una celeridad imposible, amortiguada en aquel pesado arenal.

El 2º escuadrón, con su jefe el fogoso mayor Maldonado, á la cabeza, revuelto entre los paraguayos que en tumulto se arrojan sobre él, salva de tan crítico lance abriéndose paso á golpe de lanza, y domina el peligro peleando cuerpo á cuerpo en la brillante y enredada madeja.

Otro tanto sucedía con el 3º escuadrón, á cuyo frente se encontraba otro valiente mayor, formado desde soldado, el correntino Berón: arremetido en la misma oportunidad y con mayor desventaja, se mezcla con los paraguayos y continua combatiendo en retirada, que, por una rara coincidencia, era la misma dirección en que venía también el adversario acuchillado por los jinetes del mayor López. ⁽¹⁾

En esta circunstancia, un capitán paraguayo se aproxima al capitán Kleine, y éste, no pudiendo hacer uso de la moharra de la lanza, derribalo con el punzante regatón: en socorro del oficial paraguayo acude un porta-estandarte, mas Kleine rápido previno el golpe, dándole otro puntazo igual y le arroja por tierra del mismo modo. Fué entonces que este oficial acudía

(1) Relación del coronel Uriburu.

en socorro del soldado Villegas que, desarmado, estaba rodeado de enemigos y próximo á entregar la vida en tan cobarde escena, al mismo tiempo que gritaba al sargento Luna y al soldado Gutiérrez que venían próximos, que recogiesen el estandarte paraguayo que había caído por tierra.

Luna cumplió la orden y siguió adelante ⁽¹⁾ con la preciosa reliquia, cuyo hecho histórico quedaría indeciso por la disparidad que se encuentra en las diversas relaciones de testigos presenciales de este combate, sobre quien dió muerte al oficial paraguayo.

Por otra parte, el mayor Berón defendía su vida con gran trabajo: al dar un lanzazo á un paraguayo que se le cruzara en la refriega, le aprisionó la moharra y como fuese en seguida atacado por otros enemigos que no le dieron tiempo para esgrimir la espada, se vió en la difícil situación de tener que defenderse con el rebenque, parando los pesados botes de las picas paraguas con la destreza suprema que da el espíritu de conservación.

Así, la lucha era desigual, y por consiguiente, fácil prever el desenlace: le cupo la peor, pero más gloriosa parte al capitán argentino: una cruel herida en la espalda, y habría sucumbido en ese terrible lance,

(1) Relación de Kleine. El parte del coronel Segovia, difiere en un punto completamente de la relación de Kleine; dice que los soldados Reyes, Avila y Fabián Bazán, dieron muerte al porta-estandarte paraguayo, y que el sargento Casiano Luna recogió la bandera.